

La «historia social» en la investigación de José María Jover Zamora

José SÁNCHEZ JIMÉNEZ

Una de las constantes del proceso investigador y docente de José María Jover es su preocupación por *la historia social*, entendida ésta, sin otras complicaciones ideológicas o metodológicas que ahora no vienen al caso, como el estudio de los hombres, de los grupos humanos en el tiempo, de las sociedades humanas sometidas al cambio, en continua transformación, siempre con el propósito de comprender y explicar el presente por el pasado y éste por aquél.

A partir de este elemental presupuesto, en la obra histórico-social de Jover, siempre es obligado encontrarse esa correlación de variables, desde las puramente materiales, a otras de signo más espiritual y cultural, que pueden ayudar, cuando se presenta esa correlación múltiple y actuante, a presentar la historia y la vida en su más nítida *integración*; entendida ésta como una necesidad vigente y cada vez más exigible: *La necesidad de enfrentarse siempre con los hombres de carne y hueso en el marco de las sociedades donde viven*. Desde la atención al espacio geográfico y humano —*el espacio social* de sociólogos y antropólogos— y desde la consideración del tiempo, entendido también éste como *tiempo socialmente vivido*, la visión de la estructura económica concreta en que los hombres actúan, el análisis de la *estratificación social* y la mirada a los cuadros de la *vida política* permiten concretar unas formas de convivencia que resultan comprendidas y explicadas cuando se tienen finalmente en cuenta además las relaciones con un exterior, inmanente o trascendente, o ambas cosas a la vez. Esta correlación múltiple es productiva, rentable y útil —y en la obra de Jover se testimonia cada vez con más exactitud— cuando su balance certifica unas «formas de vida» entendidas siempre como maneras de vivir, relacionarse, pensar; en definitiva, *unas maneras de ser*.

Y aunque la premura de tiempo exige el paso somero y rápido sobre su obra social, creo que en la misma, especialmente circunscrita al siglo XIX es-

pañol, destacan, entre otros muchos, tres aspectos o tres formas de acercamiento a sus sucesivos focos de atención y de interés. Estos podrían sintetizarse así: 1) la preocupación por definir esa «afirmación colectiva de identidad» que subyace en cada uno de los grupos sociales por él analizados; 2) su opción por una interpretación de la sociedad, posiblemente siguiendo a Dahrendorf, conforme a la llamada «teoría del conflicto», tan querida para la sociología alemana y luego para la escuela crítica, frente a la más americana y descriptiva que podría nominarse como *teoría del consenso*, aparentemente más ligada a un método antropológico-social que responde a ideologías cargadas de tintes cara o implícitamente conservadores; y 3) el esfuerzo continuo, consciente o no, pero siempre evidente en su obra, de eludir la tentación doble del *descriptivismo* (la perspectiva *emic* de los antropólogos) y de la *interpretación* que responde siempre a unos presupuestos ideológicos habitualmente no probados (la perspectiva *etic*, especialmente tentadora cuando una determinada *moda* científica o investigadora se sitúa y adquiere cierta permanencia sin una explicación clara de su influencia e imposición).

En la primera de sus publicaciones a la que me refiero, «*Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*», nacida como conferencia pronunciada en el Ateneo madrileño en 1951, bulle una compleja mezcla de las dos primeras preocupaciones antes esbozadas: la búsqueda de una «afirmación colectiva de identidad», que Jover entonces prefiere llamar «conciencia»; aunque en el momento de su reedición por Turner en 1976, tiende humildemente a considerar como «una contribución al estudio de las mentalidades y de la psicología colectiva de los trabajadores españoles»; y la opción por la «teoría del conflicto», a la que apunta cuando se declara inquieto por lo muy poco que sabemos todavía acerca de la situación y las condiciones de vida y de trabajo de las clases populares y del proletariado español; de sus mentalidades y de sus formas de comportamiento colectivo».

¿Acaso hay, todavía en 1976, cierto recelo, o prudencia bien entendida, en definir unas clases sociales, en el momento en que todavía en España nadie se había atrevido a plantearlas históricamente sin provocar cierta discusión o crítica ajena a aceptación de contenidos y procesos? Para Thompson «las clases *acaecen*»; y es entonces cuando viene a romperse ese concepto y esa vivencia de *seguridad*, de *honradez*, de *probidad*, perenne en nuestras *clases medias*, al menos hasta los primeros sesenta de nuestro siglo, en que la postura de los sociólogos resultó controvertida, hasta el enfrentamiento, cuando se trató de delimitar su existencia, su grado de conciencia y mentalidad y su influjo renovador o retardatario, en el célebre congreso dedicado al análisis de las clases medias: un testimonio pues, de persistencia, permanencia o resistencias a que han hecho alusión repetidas veces historiadores, antropólogos y sociólogos.

En el Manual de Teide, desde su primera edición en 1963, el recelo se reduce; y se observa progresivamente, conforme avanza la seriación de hechos y procesos, la transición del *pathos*, de la espontaneidad, a las reacciones «racionales», sustentadas e influidas de teorías y doctrinas que se importan y se

acomodan conforme a las posibilidades y exigencias de una *España plural y heterogénea*.

En segundo lugar, y por guardar un orden cronológico y temporal, que no de publicación, aludiré a dos trabajos referidos a la España isabelina: «*Situación social y poder político en la España de Isabel II*», también nacido a partir de una conferencia pronunciada en la Casa de Cultura de Málaga, dentro de un ciclo organizado por el Ateneo malagueño a lo largo de 1970; y el prólogo al tomo XXXIV de la Historia de España, inicialmente dirigida por Menéndez Pidal y hoy por José María Jover: *La Era Isabelina y el Sexenio democrático (1834-1874)*.

En el primero vuelve a surgir el problema de las llamadas «clases medias», su delimitación y su entidad. Y cuando se reedita, Jover, como sucede con frecuencia a los grandes pintores, plantea su peculiar «arrepentimiento» al juzgar su trabajo de «insuficiente e impreciso». Y aunque Jover es libre —¡faltaría más!— de arrepentirse, criticarse o elevar su listón personal de aspiración y exigencia, en la publicación de esta conferencia, debidamente meditada y ampliada, destacan esa complementariedad de alternativas a que antes me referí. La atención al suceso, el retrato del mismo colaboran lógicamente y acertadamente a su interpretación. Distingue las clases medias rurales de las urbanas; analiza los presupuestos y los proyectos de jerarquización; matiza los conceptos, distinciones e intereses de los protagonistas (perspectiva *emic*) y destaca aquellas categorías que son relevantes para el observador actual y para la comunidad científica que la lee o escucha (perspectiva *etic*). La descripción del estrato superior, el papel de abogados, generales o arzobispos y obispos queda suficientemente resaltado en una sociedad, que pese a todo, cambia y va progresivamente separando «grupos establecidos», «clases medias» de compleja y complicada estructuración, y hasta esos «grupos marginales» que resultan ineludiblemente como resto de una sociedad estratificada, que unas veces los llama conflictivos, y otras se decide por apellidarlos, como hoy, tercer o cuarto mundo.

En el segundo de los trabajos, el prólogo al tomo XXXIV de la Historia de España, el juego es inverso. Aquí destaca una concepción del Estado y una visión y comprensión de actitudes y actividades que identifican y explican el proceso político-constitucional del segundo tercio del siglo XIX español. Jover enlaza la revolución liberal con la situación campesina; insiste en la eficacia de los factores estructurales que presiden el cambio significado por la Desamortización en el régimen de la propiedad; atiende a la repercusión del cambio mismo sobre situaciones sociales concretas: la emergencia de una burguesía agraria; su adueñamiento de la vida política municipal; la situación deficitaria de la pequeña burguesía lugareña; el empobrecimiento de los municipios; la conversión en costumbre admitida o soportada de la mala administración; el juego no siempre rectilíneo de tradición y continuidad, etcétera.

Se van sucesivamente engarzando una serie de factores que encierran en su fondo una también progresiva situación de conflicto, ciertamente que

oculta, larvada; pero digna de la más fina atención para poder en su tiempo comprender y explicar —y el Sexenio fue una de esas oportunidades— por qué, cómo y cuándo se vuelve *manifiesto*.

Por último —y me cuesta no referirme entre otros a su artículo publicado en *Cuadernos para el Diálogo*, en septiembre de 1968, uno de los escasos testimonios de la celebración del centenario: «1868, balance de una revolución»; donde destacan «la coincidencia esencial entre ideología y comportamiento en la fisonomía histórica del septembrismo» dentro del denso apartado referido a la «ética y humanismo popular»—. Por último, repito, el modélico *análisis y comentario* de los dos primeros capítulos de «*El fusilamiento de los sargentos de San Gil, en el relato de Pérez Galdós*». Es, creo no equivocarme ni exagerar, un paradigma de acercamiento interesado y sostenido por el problema de las mentalidades sociales en la España del XIX, partiendo, como muy bien el propio autor señala, de un material histórico de segunda mano, pero no por ello menos noble; puesto que Pérez Galdós, al que Jover considera su «primer maestro de historia», pudo y supo integrar en su obra, sin proponérselo quizá, «elementos de historia viva», lógicamente necesitados de «análisis y de ponderación»: un problema de crítica interna frente al testimonio de una realidad social, «aportado por un hombre —y cito textualmente a Jover—, que tiene sus propios condicionamientos de todo orden y que goza de las tensiones y de la dinámica propias de la sociedad en que surge».

Sólo que aquí confluyen, como en ninguna otra obra, los tres presupuestos o preocupaciones aludidas: el de la búsqueda de comportamientos colectivos —especialmente reflejada en el apartado «Galdós, el pueblo y la historia»—; la de la teoría del conflicto encerrada en el punto *c)* de la segunda parte, titulado «De la compasión a la indignación: cómo surge el asentimiento popular a un clima prerrevolucionario»; y la más difícil, la de la correlación entre perspectivas, puesto que en este caso concreto los factores —permítaseme esta expresión— son tres: la realidad social e histórica a que alude el texto, la visión de su autor, y la búsqueda de *objetividad* por parte de un investigador que siente pasión o enamoramiento por el autor, su obra y la realidad en ella descrita. En lo que me atrevo, humildemente, a disentir de José María Jover es en su comentario o «arrepentimiento» posterior, infravalorando su contribución, en este trabajo, al conocimiento de las mentalidades populares en el Madrid de la Restauración. Quizá, gracias a Galdós ha podido, mejor que en otras ocasiones, definir las tras de haberlas captado, comprendido y explicado de forma a la vez objetiva y literalmente bella.

Reitero, como ha señalado María Victoria López-Cordón, mi acuerdo con la autoconfesión que José María Jover hace cuando trata de justificar «su concepción ética de la historia», su «solidaridad con el pueblo anónimo», su herencia galdosiana de cristianismo, talante liberal y apelación ética que «subyace en el pueblo»; pero me permito amistosamente disentir cuando afirma que ha rehuido la investigación, la construcción de la historia del siglo XX. Jover, hay que reconocerlo, ha sabido «desquitarse», librarse de esta ausencia, cuando ha escrito los sustanciosos prólogos a libros de sus alum-

nos, entre los que recuerdo ahora los de Julio Salom, J. Tusell, la propia María Victoria López-Cordón, Gloria Nielfa, o el mío mismo.

Deduzco que se trata de una confesión válida para una vocación por la historia social que ya sobrepasa los límites del siglo XIX y se vuelca plenamente en el XX; pero nos sentimos acreedores de su esperada obra sobre la *Restauración* porque confiamos encontrar en ella lo que ansiamos con *impaciencia e ilusión*; que son, como diría Lain, *las dos condiciones básicas de la espera y la esperanza*.